

ABELARDO POSSO

1891

ECOS SORDISIMOS



EN el inmenso redondón helado
De aquesta soledad que me circuye,
Yace entre ruinas un sepulcro amado,
Cuyo prospecto en la mirada influye.

Sobre una losa rústica, visible
De nuestra santa redención el signo ;
Al pie un nombre, y apenas perceptible
El del linaje lo demás indigno.

En esta tumba desrostrada y yerta,
Cual los que guarda mártires despojos,
Lloraré sobre el Nombre de la muerta
Mientras quede una lágrima en mis ojos.

¿Qué es el Nombre? una chispa combustible
Que se inflama al furor de la ternura,
Y en cuyo choque el corazón sensible
Ver la imagen querida se figura. . . .

Igual al ciego, mísero amputado,
Que en la ilusión del hábito persiste,
Miro, sin ver, idéntica, á mi lado,
La presencia del sér que ya no existe (1).

Lúcido abismo de mi mente insana,
Falaz conciencia de una doble vida;
Fiebre de amor que en el delirio afana
Con la impresión de la mitad herida.

Si al extinguirse nuestro amor primero
Queda en la vida el lóbrego vacío,
Hay otro amor, más hondo y verdadero,
Que une el Cielo á la Tierra, como el mío.

Cual en los mares de abrasada arena,
Sobre las ondas del calor radiante,
Brilla, en el aire, de ilusiones llena,
La palma inmoble en la región distante;

Así la imagen de mi tierno anhelo
Vaga en la azul diafanidad del aire,
La sien bañada en el fulgor del Cielo,
Suspendida en alígero donaire.

Es el meteoro paternal que oscila
En el celaje que mi amor enciende,
Ó la lágrima que arde en mi pupila
Y en fantásticos círculos esplende.

(1) Alusión á la imagen de mi Padre muerto hace poco.

Mas no me mueva el amoroso halago,
Ni en recordar su túmulo reincido ;
Que á la más leve undulación del lago,
Tiembla en su seno el astro adormecido.

EN esta tumba desrostrada y yerta,
Cual los que guarda mártires despojos,
Lloraré sobre el Nombre de la muerta
Mientras quede una lágrima en mis ojos.

Aureo Nombre grabado en tosca piedra,
Bajo el lábaro excelso del creyente,
Como la Ley que al fariseo arredra,
En las tablas del Dios Omnipotente.

Hostia pura que el seno del naufragio
Regurgita á la boca del abismo,
Ó alma en pena que implora así un sufragio,
A los pies de la Cruz del Cristianismo.

Magdalena, la loca arrepentida,
De Jesús á las plantas prosternada,
Recabando el favor de nueva vida
Y el perdón celestial de la pasada.

Ó María, la Madre que el suplicio
De su Hijo presenció en la muchedumbre,
Hoy más sola después del sacrificio
En la siniestra, abandonada cumbre....

¿Qué eres, tú, dime, emblema misterioso,
Humilde Nombre de grandeza suma,
Que en medio el cataclismo tenebroso,
Disipas con tu luz la densa bruma ?

¿ Jesús acaso con la Cruz á cuestras
En la vía mortal de la Amargura ?
¡ Como esclavas imploran tus respuestas
Mi ardiente caridad y mi ternura !

La riqueza más vil puede una tumba
De mármol erigir á su memoria,
Y en un nicho que el ábrego derrumba
Puede dormir la verdadera gloria.

¿ Quién tú eres, dime ? . . . ¡ Libertad *Cristiana*,
Hija de Dios depositada al hombre !
Y tu origen, sacrílego profana
El que mutila tu divino Nombre.

HIJA del Bien, en esta helada huesa
De Dios el fuego en su ósculo te abrasa ;
Porque El descende, si es la tumba ileca,
A renovar lo que la muerte arrasa.

El turbio sueño que la sien te oprime
Sólo es la noche que siguió al Calvario,
Rompe la *Aurora*, y su esplendor sublime
Alboroz a el sepulcro solitario.

Sobre el Tabor tu imprescriptible huella
Puede asombrar la pasajera nube ;
Mas extinguir el lampo de la estrella
Puede tan sólo el que crió al querube.

La Verdad nunca muere, y el osario
Quema aun la escoria en un fugaz meteoro ;
Salvo el error, el sér es *necesario*,
Y su ley un ascenso á un nuevo coro.

Lo que hoy existe existirá mañana,
Y ¿cuántas cosas una forma nueva
Serán tan sólo de la edad anciana
De lo de ayer, que el viento se lo lleva ?

¿Quién creyera el portento y maravilla
De que un átomo, insulso en apariencia,
Que ignorantes decimos *la semilla*,
Fuera un árbol después, frutos y esencia ?

¿Quién creyera que el hombre una montaña
De ponderosos gigantescos robles,
Alce y lleve en la mano, sin hazaña,
En moléculas mínimas, innobles ?

¿Quién creyera que el aura voluptuosa,
Almo aliento de ninfas encendidas,
Fuera el jazmín, la clavellina y rosa
En latentes, febriles avenidas ?

¿Y que este ambiente deleitable y rico,
Seno salubre de íntimos antojos,
Con sus pámpanos, flores y abanico,
Fuera el Edén perdido á nuestros ojos ?

Como el furioso que, á gigantes saltos,
Cruza, todo él despavorido, incierto,
Por entre horrruras y peñascos altos,
Un cruel camino de terror cubierto ;

Así el filósofo asentar su planta
Cree, en el orbe de la madre tierra ;
Donde la vida en un Oceano espanta,
Donde una célula un prodigio encierra.

CIERTO! la flor, el fruto y aun la rama
Mueren un día como todo muere;
Da Jesús el ejemplo en ese drama
En que su sangre, ¡ oh Libertad! te ingiere.

Muere una cosa, y el sepulcro frío
Es lenta fragua que aquilata el resto;
Asume el sauce más lozano brío
Junto al cadáver que le nutre el puesto.

Rima el gusano el corazón del muerto
Y aquella sangre inanimada bebe;
Cual otro Lázaro, el sepulcro abierto,
La infecta sangre á revivir se atreve.

La muerte es vida y el cadáver savia,
Y ésta en el fruto que devora el hombre
Tórnase en sangre. . . . Al fin se desagravia
La víctima feliz en mejor nombre.

Cual la que véis con vuestros ojos mismos
Continuidad y progresión de seres,
Desde el pólipo inerte en los abismos
Hasta el hombre en la cumbre y los poderes;

Así en escala sucesiva, alterna,
Tras de un orden siempre otro más fecundo,
Bajo una ley de evolución eterna,
Desenvuelve la serie cada mundo.

La palma real en graduación continua
Va anillando su tronco hasta la copa,
Y su grandiosa elevación termina
Cuando en el fruto inaccesible topa.

Jesús, el Hijo del Eterno, hecho hombre,
En *tres días* recobra, de su esencia,
El resplandor del primitivo nombre
Y la acendrada prístina excelencia.

¿Y este ignoto anhelar, esta locura,
Indefinible síntoma ó tormento,
Que os convierte el amor en amargura
Y la dicha en infiel remordimiento?

Es la mancha embrionaria de aquel *fruto*,
Que, hoy, la virgen de ayer lo ha concebido ;
Y que en vagos antojos, de un minuto,
La previene al amor más desmedido.

Pobres miopes que véis en las estrellas
Fuegos fatuos sin gloria ni destino,
Inter absortos en las alas bellas
De un insecto, admiráis lo más mezquino.

Ved la oruga nociva y asquerosa,
Cómo del fondo de su tumba fría,
Alza el vuelo en fulgente mariposa
Cual aleluya de la luz del día.

.....
.....
.....
.....

NÓ ! el suicidio en sacrílego atentado
Ofende al Dios que mi destino rige ;
Que es la vida un depósito sagrado
Cuyas cuentas el Cielo nos exige.

Creced, nos dijo, *creced multiplicaos*
He aquí : disfrutad del ejercicio
Del derecho que os doy y perpetuad-os
Yo soy la propiedad, tú el beneficio.

¿ No aceptáis à Jesús ? En grado apelo,
¡ Qué vergüenza tan honda y qué ironía !
Del infalible tribunal del Cielo
Al juez falaz de la *Razón impía*.

Hay un Orden sabéis que inimitable
Preside el Universo eternamente,
Y un Origen oscuro, impenetrable
Vuestro Arquetipo, Paradigma ó Mente ;

Sabéis que el hombre, cantidad cualquiera
Del gran Cosmos, se rinde á la armonía
Que, sobre el Todo, insuperable impera,
Cual sobre el mar su inmensidad sombría ;

Sabéis que el sér, la *humanidad*, no es obra
De su propia impotencia, y que en sus leyes
La imagen bella el individuo cobra
De un Dios ó rey entre los otros reyes ;

Que es imagen el hombre y semejanza
De cierta augusta Trinidad divina ;
Sér, acción y existencia es lontananza
De lo que en Dios nuestra razón atina ;

Que es el sér lo primero, y su ejercicio
La hermosa libertad, y la existencia,
Ó diré de la *vida* el beneficio,
La realidad del sér en la presencia ;

Que este sér el primero en gerarquía,
Forma el sostén del Orden admirable,
Donde en profunda, sosegada ría
La Humanidad discurre interminable

Como el que turba una onda, en las orillas
Ve del golfo estrellarse un rudo olaje ;
Pues así el que se hirió, las maravillas
Rompe de este Orden en su justo encaje.

Escuchad el suicidio de Lucrecia
Allá en la antigüedad de vuestra Roma,
En sangrienta catástrofe se arrecia
Lo que al principio en una pinta asoma.

De magnéticos hilos, invisible
Una red, cual la tela de la araña,
En un centro nos une tan sensible,
Que un pelillo conmueve la maraña.

NADA puede la muerte en la grandiosa
Obra de Dios (2), ha dicho allá un poeta.
¿Será la vida una impalpable cosa
Que revuelve en su atmósfera el planeta ?

¿ Ó una gota de lluvia en el Oceano,
Que turba sí la superficie, y luégo
Se pierde aquella chispa en el arcano,
Y todo vuelve á su central sosiego ?

¡ Ah ! cuántas veces admiré en la hormiga
Su fútil pequeñez que nos asombra,
Y hora otro arcano á confesar me obliga
Que ese insecto es más grande que mi sombra.

(2) Julio Zaldumbide.

*Nada puede la muerte en la grandiosa
Obra de Dios. . . . ¿ En su inmortal belleza,
Porque al romper de su botón la rosa
A circundarse de hermosura empieza ?*

Si, la verdad, la muerte es impotente
En la infinita Creación eterna ;
Porque es ella en el Orden subsistente
Otra ley racional y subalterna.

Pero imagino que el Oceano inmenso
Con una gota más de su medida,
Convulso y roto el equilibrio intenso
Desaloja á esta causa una avenida.

Mirad el agua en un cristal cualquiera,
Donde el borde del vaso la reprima,
Con un aire, una sombra, una quimora
El trasparente líquido lagrima.

FUE la vida sagrada, y el suicidio
Un contagio ulterior del mal ejemplo ;
Porque hay en la justicia un homicidio
Que se aprueba en las cortes y en el templo.

Lo que puede la ley cac en la esfera
De humana potestad, dice el suicida ;
Dad al César. . . . y á Dios. . . . esto asevera
Que hay un doble poder en esta vida.

No siendo Dios el príncipe, si puede
La humana autoridad en mi existencia,
En pro del *Cesar y la nada* cede
El dominio absoluto de mi esencia. . . .

No soy la autoridad, mas ello y todo
Será de lesa majestad el crimen ;
Es una la extinción, diverso el modo ;
En sí se puede, y sólo en mí deprimen.

Te escucho, Autoridad, y de amargura
Me cubre ese cantar *supremacia* ;
El poder superior que en ti fulgura
Es tan sólo *social*, amiga mía.

Un hábil sastre que la hermosa tela,
Sobre el campo, recorta en el diseño ;
Y en cuyo talle principal anhela
Su único, justo y verdadero dueño.

No siendo Dios el rey, si en él se atreve
La humana autoridad á mi existencia,
Usurpa el César lo que el sér no debe
Sino á Dios, como causa de la esencia.

Qual á la nube que atormenta el rayo (3)
Tortura al corazón mi pensamiento,
Y en irascible ; ay ! impotente ensayo
Soy, Libertad, un águila . . . en el viento.

—¿ Por qué mata la Ley ?—Porque el delito
Subvierte el Orden.—¿ Qué Orden ? os pregunto
—A la vez el social y el infinito,
—Dad al César . . . y á Dios . . . Resuelto el punto.

¿ Dónde está que el Señor haya otorgado
Tal poder á Moisés ? En su alta historia
Le dice, casi en súplica, apiadado,
No matarás, y te daré la gloria,

(3) Sobre las nubes que atormenta el rayo. Olmedo.

Mas decís que el Señor en sus preceptos
No habló á la autoridad, sí al individuo ;
¿ Fué acaso un pobretón que en sus conceptos
Dejó lo principal por el residuo ?

Pero de grado al infeliz rabino
Su paráfrasis torpe le concedo :
Si es nuestro origen el poder divino,
¿ Ha dicho Dios : *este poder te cedo* ?

Pues por tanto el silencio más profundo
Deja las cosas en su ser nativo :
Dad al César el reino de este mundo
Y á Dios, tan sólo á Dios, lo primitivo.

LO que juntos el rey y el sacerdote
En la cárcel veneren y en el templo
Valdrá más que el cadalso y el azote
Para quien la virtud es el ejemplo.

Y el sacrilegio atroz del desdichado
Que al Sacramento del Altar se atreve,
Será siempre un aborto innominado
En el clero, en el foro y en la plebe

LA ley en la obra del poder divino,
Lleva en sí misma su sanción oculta,
Que recae insensible en el destino
De á quien salpica nuestra sangre inulta.

Recordad que Jesús una sentencia
Profirió contra el malo en esta vida,
Cuando le dijo en su infalible ciencia,
Vé en la vara que mides tu medida.

Cuántas veces el crimen su homicidio
Con la misma arma vindicó del reo,
Expiando aterrado en el suicidio
La fatídica imagen del Leteo.

Fija tu mente, Libertad *Cristiana*,
En el abismo de la oscura huesa,
En donde el cetro de la gloria humana
¡ Ay ! para siempre en el dominio cesa.

Como la fiera que al sentirse herida,
Por *atraer* á su ofensor sangriento
Asido al recatón, la lanza hundida
Más se la hunde con cada movimiento ;

Así tú, Sociedad, herido el pecho
Por la hoja inicua del atroz delito,
Por extinguir, con otro igual, el hecho,
Has doblado tu daño en infinito.

Bueno ó malo, un pedazo de tu esencia
Forma el hombre en tu intrínseca armonía ;
Y en su número el sér de tu existencia
Lo fincó la eternal Sabiduría.

Da, pero escucha (4) replicarte debe
La víctima mortal desde el cadalso :
Con esta bala que me apunta, aleve
A ti te hiere el instrumento falso.

Si tu sér es el hombre *más* el hombre,
¿ Cómo excusas de pérvida suicida
En el de Ley tu responsable nombre,
Al destruir la vida de tu vida ?

(4) Aristides.

La Ley en lo alto es el poder divino
Que, eterno, al Orden en su fin afirma ;
Y en ti es ella la Ciencia que el destino
Del Universo en su actuación confirma.

Mas nunca el Cielo en el humilde bruto,
A la Ley, dócil, que sobre él gravita,
En las riendas del orden absoluto,
Un solo ejemplo de suicidio excita.

MATAR! ; qué ley tan pavorosa y triste,
Y á la vez inherente y verdadera !
Nada de cuanto en este mundo existe
Hay, que á un poder más superior no muera.

Vivir es un *deber*, y ¿ cuál su modo ?
Un derecho que, ilímite en lo humano,
Nos da el poder de destruirlo *todo*,
La materia, la planta y el gusano.

Matar para vivir es ley eterna,
Vivir para matar nuestro destino :
Cuánto viste en *Natura* forma externa
Le rinde al hombre su existir mezquino.

A este hombre destruíd, ¿ qué más os resta? . . .
¿ Qué distinción entonces con la Muerte,
Este Genio *absoluto* que se asesta
Anhilando la vida á cuánto advierte ?

Nó, mi Dios, en la especie son hermanos
La pantera, el chacal, el tigre, el lobo ;
Que es imposible á las finitas manos
De un *absoluto* poderío el robo (5).

(5) Aunque se apellide Autoridad, siempre es humana ; y un poder absoluto no cabe en una fuerza relativa.

Hay siempre una *excepción*, que, *en todo*, el hombre
 Por su flaqueza original padece,
 Desde que Adán de su inocencia el nombre
 En el pecado de Eva lo oscurece.

La excepción es su *especie* (6), y un abuso
 Cualquier nueva excepción de aquesta forma ;
 Porque en las reglas del saber da el uso,
 En la excepción de la excepción, la norma (7).

Como *animal* (8) el hombre es vulnerable
 Por *racional* (9) se inhíbe de esa suerte ;
 Si en la excepción otra excepción no es dable,
 ¿ Qué ley posible me condena á muerte ?

La vida humana es inviolable, dice
 Vuestra Ley primordial en la Política (10) :
Excepto (11) ¿ No sentís que os contradice
 Vuestro error escolástico la Crítica ?

(6) Allanada esta excepción, el hombre investiría un poder *ab soluto*.

(7) La excepción de la excepción redundaría en la misma regla : toda vida es vulnerable, *excepto* la humana. La vida humana es inviolable, *excepto* tales casos. Pues *tales casos* tornarían á incluirse en el mismo principio absoluto : toda vida es vulnerable. Por tanto, para ser consecuentes nuestros Legisladores deberían pues, al contrario, determinar taxativamente los casos en que la vida es inviolable ; de forma que la excepción de hoy sirva de regla mañana, y vice versa. ; A dónde conduce un error !

(8) El hombre es un animal racional : *animal* es el género. *Todo animal es vulnerable* : he aquí el principio absoluto.

(9) *Racional* es la especie, la cual limita el concepto *genérico* á lo que llamamos *familia* humana. Esta es inviolable: excepción.

(10) Como *generalidad*, se desmiente así misma ; como excepción, no admite otra. Desde que la tesis se contrae á la vida *humana*, la *vida* es quien presupone el concepto *genérico*. Luego, sería un absurdo inconcebible una proposición *general* encerrada en términos esencialmente *específicos*. Ni se me diga que el hombre legisla para el hombre, como quiera que siendo la ley huma-

Este mísero error, obra mezquina
De la intrusa razón del hombre vano
Que necio quiere en la Beldad divina
Imprimir una huella de su mano ;

Este error es la muerte, y, adherido
A la esencia inmortal de la Hermosura,
¡ Cuántas veces la esencia ha merecido,
Por su causa, una negra sepultura (12) !

Junio, 1891.—Quirotoa (LEÓN).

ABELARDO POSSO.



na un trasunto de la divina, tiene de participar necesariamente de los caracteres de la Naturaleza, la cual es *una*, ó sea la universalidad en limitaciones infinitas.

(11) Vendríamos otra vez á la regla, haciendo desaparecer la misma excepción que intentamos demarcar. . . . El tipo genuino de la verdad ha sido siempre la sencillez más simple.

(12) Una **ley**, no sólo injusta, pero contraria al Orden eterno, ¿ podrá atar la voluntad del Gobernante, sin otro título que su bastardo nombre de ley ?—Yo diría que el error radical de la escuela conservadora consiste en la preordinación de lo secundario sobre lo principal: la impugnación del interés ó rédito la apoyaba en una especie de accesión civil del dominio directo al útil, que es el que se trasliere por el mutuo ; el derecho sobre la vida no es más que la terrible justificación de los medios por el fin. Anatematiza la confiscación y la esclavitud, en tanto que consagra la pena de muerte ; siendo así que la propiedad y la libertad, como meros de la vida, vienen representando, sin ella, un relativo sin antecedente, un atributo sin sugeto, un cuerpo sin cabeza. . . . En tiempo de Galileo, pospuso el sol á la tierra ; y aun en nuestros días, concede el viático al reo y le niega sepultura. No existe inviolabilidad que se viola, porque la negación de otra negación es la destrucción del principio : doctrina en que se funda el dualismo